Interpretatio, ISSN 1136-9590, Vol. X, 2004, 619-631

LA PROYECCIÓN IBEROAMERICANA DE UNAMUNO

1. ESTADO DE LA CUESTIÓN

Es un hecho conocido la atención, continuada y peculiar que don Miguel de Unamuno prestó a ciertos temas iberoamericanos. Diversos estudios han sido dedicados a esa faceta suya y gracias principalmente a los trabajos de Chaves[1], García Blanco[2], etc., se dispone de las facilidades precisas para asomarse a las fuentes unamunianas relativas a América y manejarlas con alguna seguridad. Todo elogio a estos autores será escaso, dado lo numeroso y desperdigado de la producción intelectual de Unamuno motivada por el Nuevo Mundo.

La lectura del material reunido en obras como las que acabo de citar, así como el espigar planteamientos americanistas en sus Ensayos, novelas o poesías, sugiere, desde un principio, algunas consideraciones. Quizá debiese ser la primera la abundancia de referencias existentes, y la segunda su carácter originario que viene a ser del tipo que pudiéramos calificar como «ocasional». En efecto, Unamuno escribe mucho de América y de los americanos, en cartas, críticas literarias, artículos y ensayos menores, pero nunca como tema central en obra de mayor porte, si exceptuamos *Algunas consideraciones sobre la Literatura Hispanoamericana*, obra que tampoco escapa a esos orígenes y características. En fin de cuentas no conocemos el discurso mental unamuniano sobre América, sino formulaciones dispersas, o

---

[1] J. Chaves, *Unamuno y América,* Madrid, 1964. Existen estudios paralelos sobre *Unamuno y Portugal,* Madrid, 1964; *Unamuno en Canarias,* La Laguna, 1964; *La cultura italiana en Miguel de Unamuno,* Salamanca, 1978, de Morejón, De la Nuez y González Martín, etc., que, más o menos, siguen planteamientos parecidos. El estado de la cuestión unamuniana más reciente que conozco, planteado en términos generales, es el de R. García Moreno, *Unamuno por redescubrir. Observaciones bibliográficas,* en *RyF,* diciembre de 1986.

[2] M. García Blanco, *América y Unamuno,* Madrid, 1964.

sesgadas desde otro tema, de ese discurso general que, como tal, quedó construido en su mente, pero no exteriorizado sino en fragmentos desconectados y diversos.

Es, asimismo, un material no desgranado definitivamente todavía desde lo inédito, como lo muestra la esporádica aparición impresa, que no deja de fluir, de bloques de su epistolario, poesías o anotaciones[3].

Tal forma de manifestación, revela a primera vista la necesidad de vertebrar con arreglo al hilo conductor de algún criterio sistemático, una masa tan voluminosa como inorgánica de documentos y testimonios.

Si, pues, la producción americanista unamuniana es así, esto es, amplia, dispersa, asistemática y parcializada, cabe preguntarse cómo ha sido tratada y analizada por los investigadores especializados en la hermenéutica sobre los escritos de don Miguel.

A Chaves y García Blanco, ya citados, pertenece el mérito de haber intentado por primera vez el esfuerzo de ordenación y algunos comentarios a tan ingente material, aún cuando no hay que olvidar el bellísimo e intuitivo estudio que en 1950 dedicó al tema Ángel Álvarez de Miranda[4], monografía que sigue aún hoy conservando valor orientativo y sugeridor, en cuanto planteamiento profundizante, no descriptivo solamente.

La fórmula sistemática aplicada por Chaves, enlaza tres grandes líneas. Una primera de *conceptos básicos* (experiencias personales, Hispanidad, lengua, historia); otra segunda de referencias históricas o literarias a *países* concretos (Argentina, Paraguay, México, Venezuela, Colombia, Perú, Chile...); y, en fin, la última engarzando las valoraciones aplicadas por Unamuno a una veintena de *personajes* principales, como Bolívar, Sarmiento, Juan Montalvo, Martí, José Asunción Silva, Rubén Darío, Zorrilla de San Martín, José Enrique Rodó, Amado Nervo, Gómez Carrillo, Santos Chocano, Nin Frías, Riva Agüero, Ricardo Rojas, Alcides Arguedas, Vaz Ferreira, Ernesto A. Guzmán, Manuel Gálvez, Alfonso Reyes, y todo ello tejido en hilo de una narración biográfica que se inicia con el recuerdo del padre «indiano» de don Miguel y concluye con la mención de su retorno a Salamanca tras el destierro hendayés. Los dos últimos capítulos cierran la exposición con algunas valoraciones de conjunto.

---

[3] Cfr., p. ej., Unamuno-Zulueta, *Cartas,* 1903-1933, Madrid, 1972; *Unamuno y Maragall, Epistolario,* Barcelona, 1951; *Epistolario ibérico. Cartas de Pascoais e Unamuno,* Lisboa, 1957; *Cartas inéditas de Miguel de Unamuno,* Santiago de Chile, 1965; Mª. D. Gómez Molleda, *Cartas de líderes del movimiento obrero a Miguel de Unamuno;* A. Manent, *Cartas de Josep Carner a Miguel de Unamuno,* en *Cuad. Hisp.* 412; F. Vega Díaz, *Cuatro cartas de don Miguel de Unamuno a don Antonio Gisbert,* id., 341, etc., y lo mismo había que apuntar de las poesías, cfr., p. ej., *CHsp,* núms. 19 y 110. Cfr. también *Recuerdos e intimidades* (ed. J. Marías), Madrid, 1975.

[4] A. Álvarez de Miranda, *El pensamiento de Unamuno sobre Hispanoamérica,* en *Obras,* I, pp. 307 y ss, Madrid, 1959. Antes en *CHisp.* 13, pp. 51 y ss.

Más sencilla pero similar, resulta la técnica adoptada por García Blanco, quien tras un ensayo breve que actúa a modo de introducción, alinea por corresponsales (Gálvez, Rubén Darío, Zorrilla de San Martín, Alfonso Reyes, Vaz Ferreira, Ricardo Rojas y los venezolanos amigos de Unamuno) sus correspondencias epistolares, y luego aborda dos temas literarios, la poesía gauchesca y los poetas norteamericanos, empezando por Walt Whitmann.

Si bien estos loables esfuerzos facilitan el acceso a las fuentes, es decir, a la obra de Unamuno en su conjunto, no es menos cierto que no se proponen plantear una consideración interiorizada y orgánica del pensamiento unamuniano sobre América, sino más bien una explanación descriptiva y externa, referida a temas y personas afectadas. Ya es gran mérito lograr ese objetivo con un material tan desagregado como el que manejan, y no he de ser yo quien, en estas mínimas reflexiones, les regatee ningún aplauso, ni entienda ser propio de mi intervención, repetir o reordenar esos inventarios.

2. LOS RECHAZOS COMO CAMINO DE LA AUFHEBUNG

Ante tal estado de la investigación, subsiste la tentación de realizar algún sondeo acerca de cuáles eran los criterios de mayor raíz, los más profundos, o si se quiere decir de otro modo, los más altos, que en el pensamiento de Unamuno rigiesen en general sus aproximaciones específicas al tema americano. Y no sólo cuáles fuesen tales principios rectores, sino también cómo se estructurasen entre sí.

Pero responder a esas preguntas obliga, al menos, a señalar desde el comienzo, ciertas trampas en las que puede verse preso quien lo intente.

Muy arriesgado sería intentar aplicar un sistema concreto al peculiar pensamiento de don Miguel, quien parece estar especialmente avisado para romper cualquier molde. O pretender extraerlo de sus escritos, cuando si hay algún rasgo típicamente unamuniano es, como escribió Carlos París[5] «el asombro característico que en el filósofo produce la actitud unamuniana. Pletórico de intuición, sentido y profundidad parece apuntar sus dardos hacia otros blancos diversos de las perennes categorías filosóficas... por la heterogeneidad del norte que atrae centralmente su mirada». Es, pues, empeño difícil el de añadir algo a lo que ya en su día establecieron en el campo de lo externo Chaves o García Blanco. Es no menos improbable ir con éxito más allá de la profundización realizada antes por Álvarez de Miranda.

---

[5] C. París, *La actitud de Unamuno ante la filosofía,* en *CHisp.* 29, pp. 175 y ss, la cita en pp. 177 y 178.

Y, en fin, aún cuando entienda que «on peut en apporter de nombreuses preuves» para situar a Unamuno en el romanticismo, no deja de expresarse en términos parecidos a los de Carlos París, François Meyer[6].

Cierto es, sin embargo, que en esa frase se apunta una referencia señalizadora para las coordenadas mentales de Unamuno. Pero no lo es menos que se han sugerido también otros paralelos o influencias, p. ej., Carlyle, Nietzsche, Kierkegaard...[7], y si Álvarez de Miranda echaba de menos en la nómina a Platón[8], resulta ser un buen resumen de tantas perplejidades la pregunta de Moisés Edery, «¿es Unamuno filósofo?»[9].

Lo fuera o no don Miguel, no es cuestión que me proponga abordar en esta ponencia. Más como de otro lado tampoco tendría sentido ni utilidad una perífrasis, repetición o ampliación de lo señalado por Chaves y García Blanco, voy a referirme a ciertos aspectos, los iberoamericanos, de un solo punto, aún cuando difícil, de la indagación posible en temas unamunianos. La cuestión que podríamos identificar como los presupuestos mentales perceptibles de su «discurso», y ello desde la sola órbita o perspectiva de sus manifestaciones americanistas, en las que, desde luego, demuestra no atender y no gustarle la historia colonial española[10].

De una forma u otra, lo iberoamericano es tema inserto siempre en la totalidad de ese discurso sobre la civilización española que constituye, en última instancia, la obra unamuniana en su conjunto. Y además, considerando esa producción como tal conjunto, se advierte una conciencia cierta de proporcionalidad en el volumen que se le adjudica en el todo.

Ejemplos de esa presencia y esa proporción pueden espigarse con facilidad. Me referiré sólo a dos casos, para ver en ellos las demoliciones que facilitaran la *Aufhebung,* o superación hegeliana.

Sea el primero, el más breve. «Paz en la guerra», donde uno de los personajes de tan específico mundo, don Braulio, es un indiano, que marginal,

---

[6] F. Meyer, «Unamuno et les philosophes», en *RU M,* XIII (49-50), 1964, pp. 77 y ss.

[7] C. Clavería, «Unamuno y Carlyle», en *CHisp,* lO. J. Uscatescu, se ocupará, como P. Ribas, de esos otros nexos, en el próximo monográfico de C*Hisp.* 440.441 (1987, febrero-marzo). Cfr. además L. Farre, misma revista, 57, pp. 279 y ss; 58, pp. 64 y ss.

[8] *O. c.,* sup. nota 4, p. 316, nota 2.

[9] En C*Hisp,* 308, pp. 113 y ss.

[10] He empleado antes la voz «discurso». Cuando lo hago, a lo largo de este escrito, es en el sentido M. Foucalt, *La arqueología del saber,* México, 1970. Voy a usar asimismo la voz «Aufhebung», cfr., sobre ella «Glosario» de Ripalda, *o. c.,* inf. nota 41, voz «Superación».
Por otro lado, puede comprobarse el desdén unamuniano por la administración indiana en «En un lugar de la Mancha...» en *Inquietudes y meditaciones,* Madrid, 1967, p. 105 y tampoco duda del carácter colonial de aquel sistema, cfr., *Más sobre la crisis del patriotismo,* en *Algunas consideraciones..., o. c.,*. inf. nota 43, p. 21.

respecto de las actuaciones vitales en el nudo argumental, aparece inserto en el contexto general como portador de una actitud significativamente vinculada a las resignaciones que denotan impotencia culpable. Es el que sólo se ocupa de que «todo sube de precio» y el que predica como única salida a los agobios, que «lo mejor es resignarse»[11].

Tenemos así identificada una cierta visión del tema americano, que va a ser constantemente combatida por Unamuno. Este indiano es débil, es cobarde, pero lo es por ser antes egoísta y acrítico, incapaz del sacrificio y de la sinceridad.

Cuidadamente, entiendo, alineó Unamuno en la misma obra otras referencias a las actitudes de los españoles respecto América. Cuando quiere ofrecer un ejemplo de cómo era la sociedad española que se derrumbaba en la década de 1870, no duda en recordar como síntoma inquietador de esa sociedad, que «los amos de los negros de Puerto *Rico* eran amenazados en sus intereses»[12]. Y el uso huero de las citas de la historia española en América, en las proclamas del pretendiente carlista «Colón clavando su bandera en el Nuevo Mundo»[13], no deja de ser recordado con evidente intención sarcástica. Que estos símbolos no dejaban de causar un impacto en la sociedad más sencilla, es bien percibido por don Miguel, cuando señala el tácito agrupamiento del dos de mayo de 1808 con el de 1866, en que se produce el combate del Callao y el de 1874 en que las tropas libertadoras penetran en Bilbao[14].

Con sólo esos trazos descubre Unamuno la imagen de ciertas misiones y actitudes de algunas clases españolas ante temas americanos que, por ser la contraimagen de su ideario al respecto, combatirá acerbamente, tanto de modo directo como indirecto.

Ahí está, en las frases del pretendiente sobre Colón, el charlatanismo político masticando una Historia que ni entiende ni le conviene, pero que deforma en perfecta adecuación a sus intereses momentáneos. Es lo que en algún otro momento llamó don Miguel «erudición confusionaria», y tanto persiste y crece hoy en algunas autojustificaciones de ciertos autonomistas.

Ahí está, en el indiano, hombre enriquecido y asustado por la posibilidad de perder cuanto fue reuniendo en una afirmación de su capacidad individual forzada por estructuras sociales contra las que ya ha perdido capacidad de combate.

---

[11] *Paz en la guerra* (PG), ed. Barcelona, 1961, pp. 309 y 360.
[12] PG., ed. *o. c.,* pp. 393-394.
[13] PG., ed. *o. c.,* p. 561.
[14] PG., ed. *o. c.,* p. 502.

Ahí está, en las tres fechas, la ilusión de vivir acontecimientos señalados que puede aún servir de maniobra de encubrimiento ideológico para los verdaderos intereses que a su amparo se perpetúan.

Ahí está, en términos de resumen, rechazada en los planos individuales y sociales necesarios, la visión de América que ciertos sectores poseían y difundían y que Unamuno reprobará en sus contrapropuestas.

¿Cómo fueron esas contrapropuestas de Unamuno?

Una proposición sintética pero completa, según creo percibir, se encuentra ya en la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Aquí nuestro autor formula, no ya el retrato del americanismo que desprecia, sino el diseño del que asume.

La primera certeza que adquiere el lector de esa obra cuando la considera desde la perspectiva americanista, es la conciencia de que para Unamuno, en su tiempo, era muy fácil y peligroso no asumir la verdadera responsabilidad histórica que en la esencia del ser hispano acarrea la dimensión americana.

Es cierto que hay actitudes deformadas, como las que denuncia en *Paz en la guerra*. Pero también lo es que cuando esa percepción errónea se asume como tal, surge un riesgo no menor, el abandonismo de las tareas, aún las de suyo más irrenunciables. Oigamos a don Miguel reprochando a don Quijote, en esa *Vida...* en la que el autor hace de Plutarco comparando a San Ignacio con el manchego:

> «¡Hacerse pastor! Es también mi Don Quijote, lo que se le ha ocurrido a tu pueblo luego que ha vuelto de América, derrotado en su encontronazo con el de Robinson.
>
> Ahora habla de dedicarse y cuidar y cultivar su hacienda, a alumbrar pozos y trazar canales para regar sus resecas tierras; ahora habla de política hidráulica. ¿No será que siente el remordimiento de sus atrocidades pasadas por tierras de Italia, Flandes y América»[15].

La fatiga de la derrota del 98 corría el riesgo de acarrear daños más graves que la derrota misma. Un ensimismamiento materialista y antihistórico que permitiese potenciar los recursos de producción, con negación de cualquier papel vital que pudiese por obligación de estirpe, ser atendido. Unamuno recuerda lo permanente de esa tentación que asedió al propio don Quijote:

> «¿No buscaba lo mismo Don Quijote echándose al mundo a deshacer entuertos y proponiéndose dedicarse al ejercicio pastoril?

[15] *Vida de don Quijote y Sancho* (VDQS), ed., Barcelona, 1961, p. 260.

> ¿No busca nuestro pueblo ahora, con los pantanos y canales y la política hidráulica, lo mismo que buscó con sus atrocidades en América?»[16].

Para Unamuno, resulta claro que un fracaso, y más concretamente *ese* fracaso tenía poco que ver con la genuidad de las tareas verdaderamente acometibles. Lo importante sería tomar noticia de cuáles eran éstas, tras siglos de no percibirlas, salvo por obra de individuos tan excepcionales como poco oídos, y practicada esa operación de autorreconocimiento, hacerlas propias en plenitud:

> «Cruzando el mar en quebradizas carabelas fueron nuestros abuelos a descubrir el Nuevo Mundo, que dormía bajo estrellas antes desconocidas; ¿no hay algún nuevo mundo del espíritu cuyo descubrimiento nos reserve Dios cuando osemos, como los héroes de Camoens, lanzarnos a *mares d'antes nunca navegados,* en espirituales carabelas labradas con maderas de los bosques de nuestro pueblo»[17].

Es en este punto de sus reflexiones donde don Miguel había señalado lo erróneo. Primero por vía de parábolas, en «Paz en la guerra». Después, por mención directa en la *Vida de Don Quijote y Sancho*. Pero esos mismos pasos le llevaban, quisiera o no, con el rigor del argumento de una tragedia clásica, a plantearse la identificación de la empresa vital que reclamaba. Y es en este instante específico de su discurso donde comienza a ser perceptible ese conjunto de presupuestos mentales donde me atreví a situar, líneas arriba, el objeto de esta ponencia.

3. «LENGUA» E «HISPANIDAD» EN UNAMUNO, EN CUANTO PARTIDA E INMEDIATEZ A LO ABSOLUTO

En el propio texto de la *Vida...* hemos de encontrar las pistas suficientes para una primera situación de los criterios básicos de Unamuno al respecto. Se trata de pocas y breves citas, pero muy significativas en su juego recíproco, según mi entender. Son los elementos a mantener en la *Aufhebung* que propone.

Para él, fue la presencia hispánica «una de las grandes empresas de su tiempo»[18]. Mas a la hora del descenso a pormenores, no es la conquista en sí lo que pondera con fuerza, sino al contrario, insiste en sus rasgos negativos, especialmente los de codicia[19], cualidad que debe relacionarse con la que denomina «avariciosidad» en otros puntos de la obra[20]. En este orden de cosas, las menciones de Pizarro se equilibran, pues si en una se destaca su arrojo, en otra se vitupera su afán exter-

---

[16] VDQS., ed. *o. c.,* p. 261. Cfr., además «La vida es sueño». Reflexiones sobre la regeneración de España, en *El Caballero de la Triste figura,* Madrid, 1980, pp. 107 y ss.

[17] VDQS., ed. *o. c.,* p. 264.

[18] VDQS., ed. *o. c.,* p. 216.

[19] VDQS., ed. cit., pp. 63-64, «El español. Conquistador», en *El porvenir de España y de los españoles,* Madrid, 1973, pp. 146 y ss.

[20] VDQS., ed. *o. c.,* p. 210.

minador[21], con lo cual, en conjunto, las menciones a la conquista son escasas y poco elogiosas.

Más que en personajes de la conquista o de la colonia, de los que apenas selecciona a Lope de Aguirre o a Bernal Díaz, Unamuno pondrá su mayor énfasis de complacencia en las menciones a Martín Fierro[22]. Cita por cita también alude a Ercilla[23], pero lo significativo no es la cita sino el tono paradigmático con el cual es recordado ese ambiente cuando se elogia la imagen social del «gaucho Juan Moreira, allá en la Argentina»[24] comparándola a la favorable que disfrutaron los «bandidos generosos» en la Península. También la evocación de la sabiduría popular que acierta en los diagnósticos será ejemplificada con esa técnica al recordar que; «se llama entre los gauchos *desgracia,* no al ser muerto, sino al haber tenido que matar a otro»[25].

Pudiera resolverse toda esta actitud, y otras veces se ha hecho (en las obras de recuento e hilvanamiento de citas de don Miguel) en una apelación a la simpatía cordial con la que se siguió los temas de la América castellana. Pero, siendo cierto, no se trata a mi entender de causa, sino de efecto. Que Unamuno sea, como ha escrito Aranguren «deliberadamente carente de sistema»[26], no quiere decir que no posea propósitos. Y, ya es hora de apuntarlo, entiendo que uno de ellos es lograr una explicación de las magnitudes más profundas de lo español, a través del uso de las categorías de la «Fenomenología del Espíritu» de Hegel.

Si bien se le han buscado infinidad de concordancias, subordinaciones o paralelos con diversos filósofos, y arriba ya cité algunas ilustraciones al respecto, la verdad es que, como revela la recientísima síntesis del estado de la cuestión trazada por García Mateo[27], la conexión hegeliana ha sido breve, pero seguramente apuntada por Lain Entralgo[28], más destacada, aunque admitida sólo en parte por Aguinaga[29] menos estimada, en fin, por Aranguren, y de nuevo sugerida por Fernández Turienzo.

---

[21] VDQS., ed. *o. c.,* pp. 73 y 92.

[22] VDQS., ed. *o. c.,* p. 72. Cfr., además nota 46. Sobre Lope de Aguirre y Bernal Díaz del Castillo, cfr. De esto y aquello, Madrid, 1973, pp. 87 y ss, y 107 y ss.

[23] VDQS., ed. *o. c.,* p. 283.

[24] VDQS., ed. *o. c.,* p. 243.

[25] VDQS., ed. *o. c.,* p. 245.

[26] J. L. Aranguren, «Unamuno y nosotros», en *Sánchez Barbudo, Miguel de Unamuno. El escritor y la crítica,* Madrid, 1974, p. 60.

[27] Cfr., sup. nota 1.

[28] P. Lain Entralgo, *La generación de 198,* Buenos Aires, 1948, p. 152.

[29] C. Blanco Aguinaga, «Aspectos dialécticos de Tres Novelas ejemplares», en *Sánchez Barbudo, o. c.,* sup. nota 26, pp. 253 y ss, F. Fernández Turienzo, ed., de *San Manuel Bueno y tres historias más,* Salamanca, 1978, p. 16. Unamuno mismo señala su atención a Hegel desde joven, por caminos indirectos (Balmes) y compartidos, pero le atiende más que a los otros filósofos que cita, cuando ordena sus recuerdos, cfr., *Recuerdos de niñez y mocedad,* Madrid, 1982, p. 105.

Manteniéndome yo en la estricta actitud del lector a secas, que procura sólo estar atento, no puedo dejar de anotar la inicial sensación de estar encontrándome en mundos análogos cuando tras la permanente meditación de la «Fenomenología...» (que es ejercicio obligado para todo historiador que no se resigne a ser sólo aprendiz de brujo con sus fuentes propias) releo «Niebla» o «Paz en la guerra». Parto pues de una, repitámoslo, «sensación», quiero decir de una impresión no racionalizada y conscientemente me limito a referirla, sin pretensión de sugerir pistas a los filósofos de oficio.

Todos admitirán, espero, la preocupación central de Unamuno, en cualesquiera escritos suyos de entre la casi infinita serie de los que pergeñó, por el hombre de su cultura y de su tiempo. El mismo lo dijo cuando tomó el afán de resumirse:

> «La misión que me he propuesto (escribe en 1911), es no la de exponer ideas, sino la de predicar el hombre, el hombre concreto y real, el hombre de carne, de esperanza y de dolor, el hombre que sueña, el hombre tejido de contradicciones. y para predicar eso, echo mano del que encuentro más cerca»[30].

No de otro modo se coloca Hegel cuando afirma que su sistema entero, parte también del hombre:

> «El individuo singular tiene que recorrer... las fases de formación del espíritu, como etapas de un camino ya trillado y allanado... y en las etapas progresivas pedagógicas reconoceremos la historia de la cultura proyectada como en contornos de sombras»[31].

Podría recordarse ahora, con mayor explanación que la simple cita, la coincidencia entre las actitudes de Unamuno y Hegel respecto del problema del cristianismo[32], pero ello nos alejaría de la estricta órbita de esta ponencia que debe girar en torno al eje iberoamericano. No es inoportuno, en cambio, advertir que el interés de Unamuno por el hombre que tiene más cerca, el que habla su propia lengua, le lleva a un hispanocentrismo similar o paralelo al germanocentrismo que aparece en Hegel y que alguno de sus expositores no vacila en llamar, abusivamente me parece, «racismo germánico»[33].

---

[30] *Recuerdos e intimidades, o. c.,* sup. nota 3, p. 324.

[31] G. W. F. Hegel, *Fenomenología del espíritu* (trad., W. Roces) Madrid, 1985 (reimpresión) p. 21; no comparto la opinión crítica que sobre esta honestísima traducción apunta Ripalda, cfr., *o. c.,* inf. nota 41.

[32] Puede verse al respecto la síntesis de T. Urdanoz, en el vol. IV de la *Historia de la Filosofía,* Madrid, 1975, pp. 357 y 385, que, si bien no alude expresa ni tácitamente a Unamuno, sí, en cambio, señala el interés de Hegel en subrayar la inspiración cristiana de su concepto de «espíritu» en forma que lo sitúa como quilla de su sistema. De igual modo va a actuar ese mismo elemento en el pensamiento de Unamuno.

[33] Cfr., *o. c.,* sup. nota 32, p. 355.

El objetivo esencial de Unamuno consistió, creo, en intentar llevar al hombre su tiempo y estirpe cultural hacia una superación *(Aufhebung)* que le permitiese alcanzar la inmediatez del Absoluto por vías de conservación y rechazo, según los casos, de los elementos de su propia individualidad. En ello empeñaría las mil y una batallas, grandes y chicas, que constituyen la crónica de su vida, pero la relación y descripción de cada una de ellas no deben hacernos perder la conciencia de que todos esos esfuerzos se ensamblaban armónicamente en la estructura general de su pensamiento.

En esa obra mayor ha de insertarse el polivalente conjunto de reflejos que nos transmiten su tratamiento del tema iberoamericano. No planteo ahora enriquecer la ya abundante crónica de esos temas, que podrá sin duda ser acrecida. Trato únicamente de hacer advertir que, colocada bajo este prisma de aproximación metodológica, se difuminan las sombras y contradicciones que a veces se han señalado como perceptibles en la tangencia entre Unamuno y América.

Don Miguel pretende que «su» hombre («individuo», diría Hegel) realice las superaciones precisas para acercarse al Espíritu absoluto y para ello practica una precisa y consciente serie de formulaciones dialécticas, en conformidad con la advertencia hegeliana de que ese proceso es un sucederse dialéctico de afirmaciones y negaciones[34]. Bastaría comprobar el talante dialéctico de la mayor parte de la producción unamuniana para comprender que don Miguel prefirió la práctica de esa dialéctica, a su exposición teórica. Pero ello no significa que careciese de la conciencia y la posesión de tal teoría. Unamuno se planteó lograr como objetivo final de su análisis una manifestación esencial a la que denominó *Hispanidad.* La concibe como sustancia en cuanto conjunto de sus accidentes y de tal forma que nos la ofrece como *concepto,* pero en el sentido hegeliano de la palabra. No es mera noción de lógica formal, como señala Ferrater[35], es «unión del ser y la esencia, liberación de la necesidad de la esencia, ser de la sustancia en su libertad». No de otro modo puede ser calificado su famoso texto:

> «Quiero decir con Hispanidad una categoría histórica, por lo tanto espiritual, que ha hecho, en unidad, el alma de un territorio, con sus contrastes y contradicciones interiores. Porque no hay unidad visible si no encierra contraposiciones íntimas, luchas intestinas.
>
> La Hispanidad, ansiosa de justicia absoluta, se vertió allende el Océano, en busca de su destino, buscándose a sí misma, y dio con otra alma de tierra, con otro cuerpo que era alma, con la Americanidad»[36].

---

[34] J. Ferrater Mora, *Diccionario de Filosofía,* vol. 2, p. 1.452 y ss, Madrid, 1984.

[35] *O. c.,* sup. nota anterior.

[36] Tomo la cita de «Hispanidad», en *La Raza vasca y el vascuence. En torno a la lengua española,* Madrid, 1974, p. 264. Sobre la acuñación por Unamuno de la voz «Hispanidad,), cfr. Chaves, *o. c.,* sup. nota 1, p. 26. El artículo «Sobre la argentinidad» en el que Unamuno afirma «ya otras

No quiero caer en la tentación de subrayar las palabras «espiritual» y «absoluta» que son los centros esenciales de los párrafos que acabo de recoger, para que no se me acuse de forzar mi hipótesis del hegelianismo en Unamuno. Pero no me negará nadie que haya leído a Hegel, que el perfume de su huella brota de esos párrafos.

Es en ese «totum» orgánico que Unamuno concibe bajo el término «Hispanidad» donde encuentra razón de ser su atención a Iberoamérica, que no puede reducirse a ocasionalismos de crítica literaria, ni a los afectos sentimentales, ni a curiosidad erudita o innovadora. Para el discurso unamuniano Iberoamérica era una pieza que no podía descartarse sin desbaratar el complejo «puzzle» de la Hispanidad. Muy diferente calidad encierra, en cambio, su atención a la anglosajonía anclada en América que, esa sí es puramente, como ha intuido García Blanco[37], nacida de actitudes estéticas desgajadas del discurso principal de don Miguel, aún cuando no deja de ser curioso que uno de sus escasos favoritos en ese área, Oliver Wendell Holmes sea también un hegeliano inspirador de la teoría de los tres juanes, que Unamuno comenta con fruición en su «Sobre la consecuencia, la sinceridad».

La profunda necesidad de integrar lo americano en la marcha de lo hispano hacia lo Absoluto, viene testimoniada en la forma de recoger la vas cona tradición del navegante tímido, Andialotza, como predescubridor de América[38]. Y lo hace precisamente en la misma obra en la que ha resaltado el valor de la tradición como fuente histórica[39].

El gran instrumento con el cual laborará Unamuno para lograr la mutua amalgamación de lo español y lo americano será, eso no es ningún secreto para nadie, la lengua.

El mismo declara con nitidez esa actitud al recordarnos que «hay que reflexionar y enriquecer el rígido y escueto castellano, dicen allende los mares»[40].

La concepción hegeliana del lenguaje, en cuanto fenómeno del espíritu preexistente[41] encajaba con la capacidad de trabajador de la semántica que es evidente en Unamuno y que en forma casi simbólica tuvo ocasión de expresar al abrir el curso de 1934 a 1935 en esta Universidad salmantina, desenvolviendo como tema «La palabra», para justificar su labor científica, en el trabajo de hacer, desde ese nivel «filología viva, amor de habla y no exclusivamente erudita investigación de seminario técnico»[42].

---

veces he usado... hispanidad», es de 1909 y se leerá en «Contra esto y aquello,), Madrid, 1980, pp. 52 y ss.

[37] García Blanco, *o. c.,* sup. nota 2, pp. 24-25.

[38] VDQS., p. 264.

[39] VDQS., pp. 178-179.

[40] VDQS., p. 251.

[41] J. María Ripalda, «Glosario», p. 410 en su ed. de *Filosofía Real*, *o. c.,* sup. nota.

[42] M. de Unamuno, Oración inaugural del curso de 1934 a 1935 en la Universidad de Salamanca, Salamanca, 1934, p. 13.

Si se repara, a la luz del criterio que sugiero, la obra dispersa de crítica literaria sobre escritores americanos que fue, paso a paso, tema a tema, autor a autor, tejiendo Unamuno, cobra una corporeidad homogénea que nos hace advertir armonía y lógica, en lo que pudo parecer, más superficialmente, contradictorio o extraño. En efecto, desde tal visión arquitectónica general, es comprensible su temprano afecto por Martín Fierro, tocado de concomitancias con Don Quijote; se admite su identificación personal con Bolívar o con Sarmiento; no sorprende que haga paralelos entre Bolívar y Don Quijote; y se entiende que, lágrimas tardías y humanas aparte, señalase la falta de genuinidad hispánica última en Rubén Darío.

El conocido verso, que en otros pasajes en prosa se incrusta también:

> «La sangre de mi espíritu es mi lengua y mi patria es allí donde resuene poderoso su verbo...»[43].

No es sólo la expresión poética de un concepto de Hegel, sino que suministra la clave ordenadora de la actitud valorativa de Unamuno ante la lengua y la razón de sus juicios acerca de quienes la usan, juicio que se engendra no por la perfección formal que acrediten, sino por la actitud vital, personal, total, de armonía con su estirpe que les inspire el uso que de tal lengua hacen.

Se ha dicho, por alguno, que en don Miguel existe una «fundamental confusión» que le hizo únicamente poseedor como resultado de un «inajenable estilo»[44]. Nada más alejado de mi sentir. Unamuno es propugnador, nada confundido, de una filosofía entendida como el desarrollo de una lengua, en la búsqueda dialéctica del conocimiento.

¿Qué tiene de extraño que admire a Bolívar, un hombre como Unamuno, que supo plantear antes que nadie la cuestión, hoy renacida en la pluma de Uslar-Pietri[45], la identidad entre los liberales españoles y los libertadores americanos?

¿Qué de confuso hay en asumir a Sarmiento en sus críticas y aún en sus insultos si nacen de la misma fuente hispana que las amarguras de Cadarso o los desdenes de Jovellanos?

¿Qué de incoherente en no percibir cómo Rubén Darío vertía en español, aún bellísimos de forma, impulsos nacidos de estirpes indígenas, no hispanizadas, o alambicados por el moldeo del espíritu francés?

---

[43] Por ejemplo se encontrará la frase en *Algunas consideraciones sobre la literatura hispanoamericana,* Madrid, 1968, p. 89.

[44] E. Giménez Caballero, *Lengua y Literatura de España,* VI, *La Edad de Plata,* Madrid, 1949, p. 276.

Podrá Jorge Luis Borges insinuar las displicencias que quiera sobre las conexiones españolas de «Martín Fierro» que sugería Unamuno[45]; podrá incluso ironizar sobre si las «décimas» que don Miguel cita, son, como dice Borges «realmente sextinas»; podrá, en fin, considerar abusivo que se incluyan esos metros («hospitalariamente», es el sarcasmo usado) en la literatura española... Pero para quebrar el hilo que Unamuno enlaza tendría Borges que borrarse a sí mismo en aquello que escribió de los gauchos:

> «No murieron por esa cosa abstracta, la patria, sino por un patrón casual, una ira, o por la invitación de un peligro»[47].

Pues como glosó Unamuno, Don Quijote no libertó a galeotes, ni se encolerizó, ni enfrentó a la oscuridad de los batanes, ni aceptó estar en la cortecilla del Duque, por razón abstracta ninguna, sino por un modo de ser que como a los gauchos, le salía de su genio personal.

4. FINAL

He hablado, a lo largo de estas páginas, del esfuerzo metódico, consciente, asumido y dialécticamente realizado por Unamuno, para construir, mediante la *Aufhebung* hegeliana, un destino histórico coherente para quienes piensan y hablan en español. Ese destino lleva consigo una proyección iberoamericana, concebida no como prolongación ni como apéndice dependiente, sino que es considerada como el eje mayor en el concepto de la Hispanidad unamuniano. Probablemente, si quisiéramos escoger alguna frase suya para quintaesenciar tantas ideas suyas derramadas, ninguna sería mejor que aquella sugeridora de:

> «hermandad espiritual. Tenemos que acabar de perder los españoles todo lo que se encierra en eso de madre patria y comprender que para salvar la cultura hispánica nos es preciso entrar a trabajarla de par con los pueblos americanos, y recibiendo de ellos, no sólo dándoles»[48].

---

[45] Arturo Uslar Pietri, *Godos, insurgentes y visionarios,* Barcelona, 1985, pp. 45 y ss.

[46] J. L. Borges, *El Martín Fierro* (1953) en *Obras,* vol. II (Obras en colaboración), Buenos Aires, 1979, p. 560. Sobre otros paralelos entre ambos autores (aquí discrepancia), cfr. M. D. Koch, «Borges y Unamuno. Convergencias y divergencias», en CHisp. 408 (junio, 1984). El texto de Unamuno en *La raza vasca...*, *o. c.,* sup. nota 36, p. 181.

[47] J. L. Borges, *Elogio de la sombra, los gauchos,* en *Obras,* I, Buenos Aires, 1974, p. 1.002. Debe compararse con «La crisis del patriotismo» de M. de Unamuno, en La dignidad humana, Madrid, 1976, pp. 19 y ss.

[48] *Algunas consideraciones..., o. c.,* sup. nota 43, p. 97. No creo necesario individualizar con citas los pasajes de esta obra relativos, p. ej., a las valoraciones de Sarmiento, etc., a que arriba aludo, ya que Chaves y García Blanco, *o. c.*, en las notas 1 y 2 de esta ponencia, recogen esas citas, añaden otras y las agrupan para su más fácil hallazgo por personas y temas.